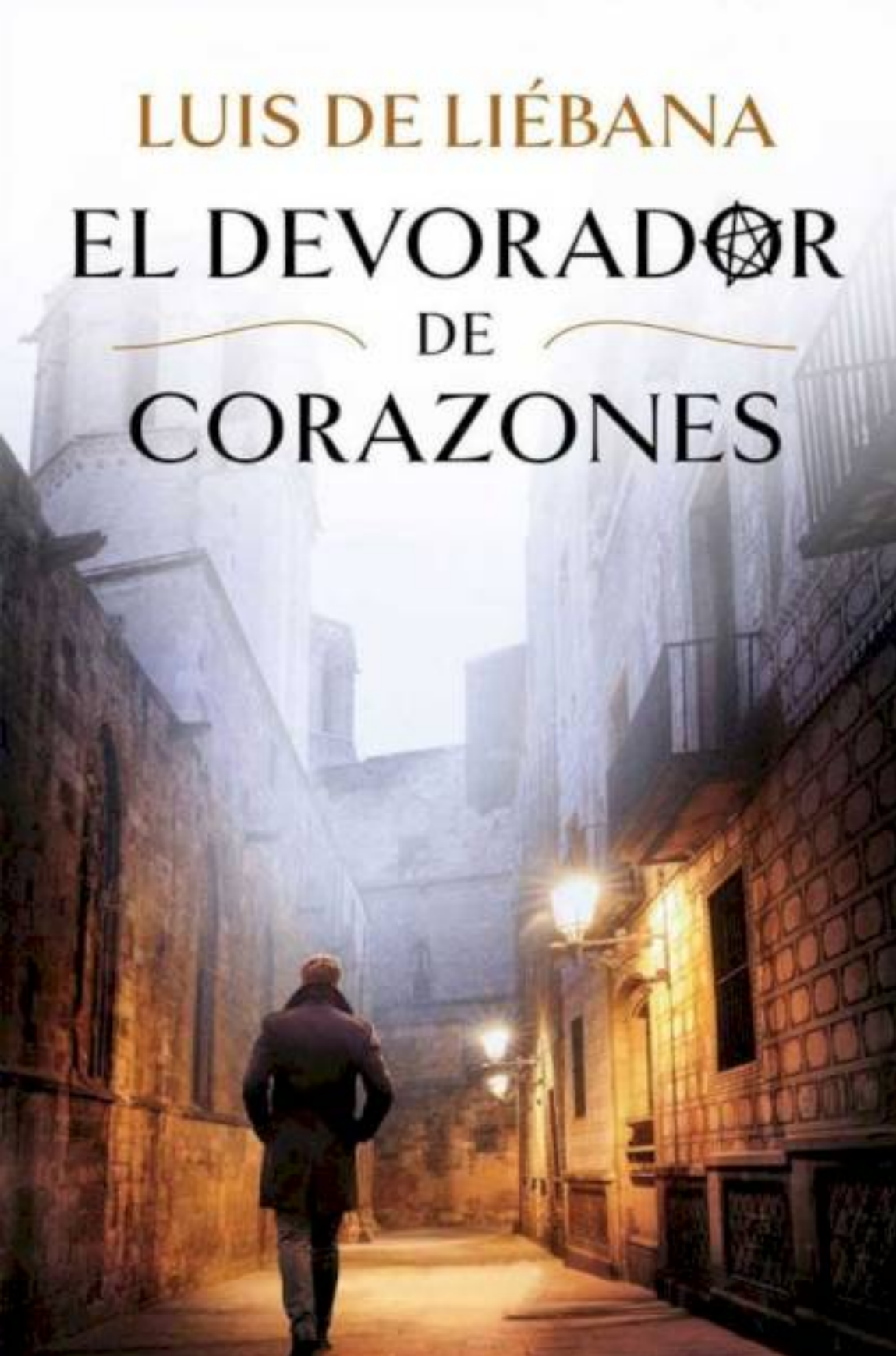


LUIS DE LIÉBANA

EL DEVORADOR

DE

CORAZONES



Una evocadora novela llena de misterio que nos habla del enorme poder de los libros, las ambiciones humanas, y el tenebroso mundo que acecha entre las sombras.

Esta es la historia de Carlos, un autor de éxito caído en desgracia, de Max, un singular personaje que parece surgido de alguna de las obras de Valle-Inclán, de la hermosa Violante, atormentada por su pasado, del siniestro Leví...

También es la historia de una vieja librería, olvidada en un oscuro callejón, y del misterio que encierra en su interior; de antigüedades convertidas en leyenda, de libros que se creían perdidos, de peligrosos pactos que pueden tener un precio muy alto.

El destino conducirá a nuestros protagonistas a la anhelada Arcadia y también a los infiernos del alma, en un viaje en el que el bien y el mal lucharán hasta la última dentellada.

Una apasionante historia que nos llevará por las calles de Madrid, por la Barcelona más desconocida, a través de unos personajes y una trama inolvidables en los que el lector reconocerá muchas de las grandes obras de la literatura de todos los tiempos.

Traiciones, pasiones desbocadas, el amor reservado para las almas gemelas... Un misterioso escenario en el que el diablo manifestará su poder para revelarnos su pecado favorito: la vanidad.

Índice de contenido

Cubierta

El devorador de corazones

PRIMERA PARTE El descenso a los infiernos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

SEGUNDA PARTE La sonrisa del embaucador

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

TERCERA PARTE La redención de las ánimas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Sobre el autor

Al señor Josep y a don Enrique,
donde quiera que se encuentren.
Aunque sus verdaderos nombres sean otros

PRIMERA PARTE

El descenso a los infiernos

1

Aquel día la mañana se presentaba tan difusa como todo lo demás. La luz pugnaba por abrirse paso entre la neblina para crear espesos cortinajes de ficción, que se aferraban a las calles para envolverlas en ilusiones sin fin; figuras que iban y venían a través del propio espejismo urbano y en ocasiones se hacían corpóreas entre los jirones de la bruma desgarrada. En esos instantes, la calle recuperaba su identidad habitual, aquella que le correspondía.

Todo parecía obra del imaginario, pues de ese escenario ilusorio surgían personajes engañosos que luego desaparecían, víctimas de la propia ficción. La atmósfera resultaba confusa y, mientras caminaba, aquel hombre se dejaba envolver por el nebuloso entorno como si este formara parte de su propia irrealidad; el mundo del que había emergido; aquel en el que gobernaban las tinieblas.

Sus pasos lo condujeron hasta el semáforo que tan bien conocía como si fuera un autómata, un hombre al que su voluntad poco importaba, ya que su camino se hallaba trazado.

La luz roja apenas le hizo parpadear. Hacía tanto frío que la niebla se aferraba a su rostro para morderlo con su cencellada. Carlos apenas se estremeció mientras se subía el cuello del abrigo, a la espera de que la luz verde le permitiese cruzar la avenida. El tráfico iba y venía, como de costumbre, en pos de su propio destino, dondequiera que

estuviese. Todos se sentían extraños en aquella ciudad, y él mismo era una prueba palpable de ello.

Pero... ¿cómo había sido eso posible? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué suerte de hechizo se había obrado en su persona? Apenas dos años atrás su vida era bien distinta, carente de ilusiones, anclada en la resignación, como le ocurría a la mayoría de la gente con la que se cruzaba a diario, siempre a la espera de algún milagro..., de un imposible.

Mahfuz ya había escrito acerca de ello en una de sus obras, que Carlos conocía bien. Los sueños frustrados y los deseos irrealizables siempre acompañarían a los hombres, ya que resultaban intemporales. Sin embargo...

Carlos sintió un escalofrío que poco tenía que ver con la fría mañana y que le recorrió por completo. Surgía de lo más íntimo de su ser, quizá de su propia alma que, estaba convencido, ya había perdido para siempre.

Semejante pensamiento no dejaba de provocar en él cierto sentimiento de desengaño, puede que debido a su agnosticismo, o quién sabe si a la incertidumbre de quien había estado equivocado durante toda su vida. Ahora nada era como antaño, ni sus convicciones, ni mucho menos el camino en el que se encontraba. La vida le había presentado un escenario para el que no había ensayado su papel: demasiado hermoso y a la vez edulcorado con sombras a las que nunca podría vencer.

Carlos se estremeció. Se trataba de un prodigio bien distinto al que la mayoría desearía para sí, y al que era imposible sustraerse pues su poder embrujaba.

El semáforo dio luz verde a los peatones y Carlos pestañeó para salir de su ensoñación. Justo enfrente, escondida, aguardaba aquella calleja umbría donde le esperaba el Devorador de Corazones.

2

Todo había comenzado un par de años atrás; una mañana de febrero, tan fría que el aliento se helaba hasta confundirse con el gélido ambiente que lo rodeaba. La calle tiritaba, y la gente transitaba embozada, con paso presto y la mirada perdida en sus propios sueños. Al pasar junto a un café, Carlos se detuvo para observar a través de la amplia cristalera. Dentro, la clientela se reconfortaba con alguna bebida caliente; unos, los menos, departían entre sí, mientras la mayoría parecía abstraída en sus teléfonos móviles, tecleando sin cesar, ajenos a cuanto les rodeaba, quizá en busca de alguna puerta que les permitiese acceder a una realidad ilusoria. Carlos permaneció quieto, contemplando la escena durante unos instantes, pero nadie reparó en él; ni una sola mirada, ni un gesto que le hiciera pensar que existía para toda aquella gente.

Se encogió de hombros y reanudó su paseo. En su opinión, todas aquellas puertas por las que muchos pretendían escapar no conducían a ninguna parte; si acaso al comienzo de una amarga realidad que terminaba por convertirse en una suerte de bucle no carente de perversión, pues la desesperanza, cuando aprieta las almas, se aferra a las entrañas con una sordidez con la que no queda sino aprender a convivir.

Eso lo sabía él de sobra, pues a sus cincuenta y tres años Carlos era un hombre sin rumbo, vencido y humillado por una vida que lo había vapuleado hasta convencer-

le de su propia insignificancia, propinándole feroces dentelladas que le habían producido heridas imposibles de curar, o al menos eso era lo que creía. Carlos se veía a sí mismo como uno de esos personajes de película a los que la desgracia o la mala suerte viene a visitar con regularidad; un perdedor, como solían calificarlo, un tipo condenado al fracaso.

Sin embargo, no siempre había sido así. Hubo un tiempo en que Carlos pensaba que la fortuna lo favorecía, que era capaz de beberse la vida a tragos, paladear cada sorbo, cada gota de un elixir que le embriagaba, y con el que se creía capaz de poseer el mundo. Había alimentado semejante ilusión en tantas ocasiones que no viviría los suficientes años para lamentarse de tamaña estupidez. Así eran las cosas.

En realidad, Carlos había nacido bajo los mejores auspicios, y no porque perteneciese a una familia ilustre o poseyera grandes riquezas; todo lo contrario, en su casa se pasaban estrecheces, aunque ello no fuese óbice para que recibiera una buena educación, la mejor que pudieron procurarle. Era su persona la que parecía tocada por el favor de unos dioses que porfiaban por mostrarle su prodigalidad; y es que aquel hombre había nacido fuerte y vigoroso, con una inteligencia natural que poco tardó en demostrar y un atractivo que se hizo presente desde su temprana adolescencia para ya nunca abandonarle. Sin duda que tales triunfos no eran poca cosa para abrirse camino en la vida, máxime cuando el susodicho poseía un aire distinguido, como de aristócrata de otro tiempo, que resultaba natural en él y que portaba como el mejor de los sellos.

—Ibas para duque, pero te quedaste en peatón —solía decirle en ocasiones su padre, castizo por los cuatro costados, con su habitual gracejo.

Al escucharlo su madre sonreía para sí, ya que se sentía satisfecha de que la cigüeña se hubiera equivocado de

casa para darle a su único retoño, del que siempre se sentiría orgullosa.

Mas con todo el joven poseía un don, una cualidad que pocos tenían y que parecía proceder de Calíope, musa de la poesía épica y la elocuencia, con el que era capaz de apabullar.

Su padre, don Enrique, una enciclopedia andante, le prevenía:

–Si semejante musa te apadrina, mal país elegiste para proclamar tus virtudes.

A don Enrique no le faltaba razón, como el joven pronto podría comprobar, aunque tales detalles poco le importaran, ya que Carlos estaba decidido a abrazarse a Tiqué, la buena fortuna, convencido de que nadie sería capaz de detenerlo.

Como no podía ser de otra forma, Carlos estudió Letras, y enseguida hizo valer sus aptitudes en los ambientes literarios que pronto comenzó a frecuentar. Los libros eran su pasión, y a ellos había dedicado la mayor parte de su tiempo desde que su padre le invitara a leer el primero, siendo todavía un niño. Don Enrique había sido un lector empedernido, y su hijo siempre lo recordaría sentado en su sillón, leyendo en tanto fumaba su vieja pipa, perdido entre las páginas de los inmortales, como el hombre aseguraba que eran aquellos capaces de mostrar su alma a través de la pluma. En su compañía, Carlos había devorado kilómetros de literatura: clásicos y modernos, genios y desconocidos, grandes pensadores y poetas olvidados, pero todos inmortales, como bien aseguraba su padre. De este modo, el joven estaba decidido a alcanzar la legendaria Arcadia, propiedad del dios Pan, en compañía de sus ninfas y dríadas, como otros muchos ya habían intentado antes que él.

Con su primera obra, aunque menor, Carlos atrajo la atención de la crítica. Saltaba a la vista que allí había una buena pluma, y los elogios recibidos por el joven hicieron

germinar el ego que cada artista posee, aunque el suyo, con el tiempo, llegaría a convertirse en colosal.

–¡Oh, Calíope, juntos doblegaremos la reticencia de este país a reconocer la valía de sus mentes más preclaras! –exclamaba el joven con ademanes histriónicos ante su padre.

Este asentía, jocosos, preparado para soltar su habitual sarcasmo. No tenía dudas de que su retoño andaba sobrado de vanidad; en su opinión, el pecado favorito del diablo.

–Hijo mío –dijo al fin don Enrique con solemnidad–, al escucharte me estremezco. Me temo que estés errado; eso sí, sin hache.

Carlos estaba acostumbrado al humor de su progenitor, que era un compendio de sabiduría en cuestiones de dichos y aleluyas, pues alardeaba de conocerlos todos, y probablemente fuese cierto. Era lo que tenía haber nacido en Chamberí, algo de lo que don Enrique se sentía orgulloso, así como ser del Atleti.

En realidad, Carlos parecía sobrado de razones para mostrarse exultante. ¿Cómo si no entender cuanto ocurrió? Calíope, la musa de la «bella voz», la de la poesía épica, había señalado al joven para acogerlo en su regazo y nombrarlo su favorito. Eso fue lo que llegaron a decir de él, entre las muchas alabanzas que elevaban a los altares a aquel descendiente de Flaubert, de quien aseguraban había heredado la precisión y la palabra justa.

El mundo abrazó su causa y la fama llegó a la vida de Carlos, que la aceptó como algo natural. Sin embargo, el triunfo y la envidia suelen transitar por el mismo camino, y a no mucho tardar comenzaron a alzarse las primeras voces en contra de aquel escritor bisoño, que pretendía encumbrarse en el Olimpo sin ninguna consideración. El joven había entrado en la jungla del egocentrismo, donde abundaban las dentelladas y se cobraban las viejas facturas de manera invariable. Pocos amigos había entre los au-